

**CUENTOS
POPULARES
DE ÁFRICA**

**Edición de José Manuel
de Prada-Samper**

I
Relatos y narradores



1. El cuento más largo (merina)

En tiempos muy, muy remotos, hubo un rey llamado Andriambahoaka que tenía una hija única en edad ya de casarse. Según la tradición, a los padres les tocaba elegir el esposo de su hija. Unos confiaban simplemente en que el destino se cumpliera. Para otros, la inteligencia y la sabiduría debían ser las cualidades indispensables para el futuro yerno. Para el rey Andriambahoaka, no eran ni la fuerza ni la astucia los requisitos más meritorios, sino el talento para contar el *angano*¹ más largo.

Todos sabían que el rey era un gran aficionado a los cuentos, y no pocas veces pasaba la tarde con sus sirvientes y sus cortesanos contando relatos e historias. El rey convocó entonces a sus súbditos para decirles:

–Aquel hombre que sepa relatar el cuento más largo se casará con mi única hija. Debe ser un solo cuento, que empezará a la puesta del sol y se acabará el día siguiente, a la salida del sol.

El rey dio un mes de plazo para hacer los preparativos. Los mensajeros fueron enviados a los cuatro puntos cardinales para anunciar el concurso.

Desde que se enteraron, todos los hombres empezaron a aprender cuen-

¹ Según la autora de la tesis doctoral de la que procede este relato, «el término *angano*, o también *anganom-baviantitra*, es decir, “cuentos de viejas”, designa una categoría de narraciones de carácter ficticio, fabuloso, fuertemente simbólico, dominado por la imaginación y por la fantasía» (Rabarijaona 2000: 47).

tos de memoria: todos, desde los más jóvenes hasta los menos jóvenes, viudos o divorciados, con la esperanza de tener la oportunidad de casarse con la hija única del rey y de heredar el trono.

Llegó el momento tan esperado. Muchos acudieron para pasar la prueba; todos parecían listos y animados. Vino el primer candidato, pero, después de algunos minutos, el rey le interrumpió diciendo que estaba mezclando dos cuentos. El siguiente fue más listo y más astuto: relataba con mayor lentitud para alargar el cuento, pero antes de medianoche ya no era capaz de decir nada más, porque su repertorio se había agotado.

Los que les sucedieron sudaban, temblaban o lloraban porque no podían llegar hasta el final. Curiosamente, dicen que hubo un joven que no pudo aguantar su sueño, y se durmió antes que los oyentes.

El rey y la reina estaban desesperados, pero no podían desdecirse de sus palabras, y siguieron esperando a que vinieran nuevos contadores.

En los confines del reino de Andriambahoaka vivía una familia muy pobre. Cuando se enteró de lo que ocurría en el palacio, el joven Ikoto pidió la bendición de su madre para participar en la prueba. Ésta le dijo:

–Hijo mío, ¿quieres que te corten la cabeza? ¿Cómo piensas competir con los ricos y con los oficiales, si tú no tienes nada y no eres más que un muchacho de posición insignificante?

–Lo intentaré al menos, madre –contestó Ikoto–. Lo intentaré como todos los que lo hicieron.

Entonces se fue al palacio. Los guardias no le dejaron pasar, pero insistió tanto que, finalmente, le permitieron entrar. El rey le dijo:

–Ningún hombre ha podido llegar hasta el final de la prueba. ¿Tú pretendes conseguirlo?

–Eso espero –le contestó Ikoto.

–Ya lo veremos –dijo el rey–. Empezarás esta tarde.

A la puesta del sol, todos estaban ya listos para presenciar el gran suceso. Ikoto empezó su relato:

–Dicen que al principio, cuando Zanahary creó el mundo, y todavía no había creado a los malgaches, había sólo valles por toda la isla de Madagascar. Los animales sí habían poblado ya la isla. Un día, pues, los animales se reunieron para hablar de un asunto muy importante. Todos estaban de acuerdo en que hacía falta construir sitios donde refugiarse, porque los vientos marítimos eran tan fuertes que todos los animales sufrían grandes problemas: los pájaros no podían volar, las tortugas no podían caminar, las hormigas no podían circular libremente, y las ratas y los erizos no se atrevían a aventurarse lejos. Entonces, se repartieron las tareas. Se les asignó a las hormigas la labor de amontonar tierras al sur. Se les dijo que la tierra de la parte nordeste de la isla era más ligera y más fácil de cavar. Así que las hormigas se fueron al nordeste, para transportar la tierra del nordeste al sur. Y la

trasladaron del nordeste al sur..., la trasladaron del nordeste al sur..., del nordeste al sur..., del nordeste al sur..., del nordeste al sur..., del nordeste al sur...

Era medianoche y muchos de los oyentes comenzaron ya a mostrar signos de cansancio. Otros se fueron a casa. El rey y su reina siguieron esperando allí, e Ikoto seguía con su «la trasladaron del nordeste al sur» sin parar ni parecer preocupado por la ausencia de público.

El tiempo pasó. Las brujas volvieron a casa. Andriambahoaka seguía escuchando, muy concentrado, mientras sus súbditos roncaban. Cuando Ikoto notó que el rey empezaba a estar soñoliento, murmuró frases sin sentido para descansar un poquito, y en cuanto notaba que el rey volvía a estar atento, comenzaba a repetir de nuevo «y la trasladaron del nordeste al sur». El gallo cantó.

–Le falta muy poco –murmuraba Ikoto.

Ya estaba amaneciendo, e Ikoto seguía contando y contando. Los que se habían ido a casa volvieron al palacio; los que se habían quedado dormidos, comenzaron a despertarse, pero Ikoto seguía contando su cuento. Por fin, el sol salió, pero Ikoto seguía contando:

–Y la trasladaron del nordeste al sur, del nordeste al sur, y así las hormigas construyeron las montañas de Ankaratra que conocemos hoy. Y todos los animales se pusieron muy contentos porque por fin tenían un sitio donde refugiarse. *Angano angano, arira, arira...*²

Los oyentes se quedaron maravillados, y el rey reconoció que el cuento de Ikoto era el más largo. Así que le dio la mano de su hija única. Se casaron, tuvieron muchos hijos y vivieron felices.

Angano, angano, arira, arira...

2. Nyikang y Ojulo (shilluk)

Ojulo era amigo de Nyikang. Cuando regresaba después de haber ido a algún sitio, solía contarle a Nyikang todo tipo de historias. Siempre que viajaba a algún país, traía a su regreso un montón de historias.

Un día, Nyikang le preguntó:

–Ojulo, ¿por qué siempre mientes tanto?

² Ésta es, en su forma abreviada, la típica fórmula de cierre de los cuentos merina de Madagascar. La fórmula completa dice: *Angano, angano, arira, arira / izaho mpitantara, / ianareo mpitsentsitra* [Es un cuento, es un cuento, / si es mentira, es mentira, / yo soy el narrador, y vosotros os deleitáis con ello] (Rabarijaona 2000: 57). (*N. del E.*)

Ojulo respondió:

–¡Ah, amigo, déjame mentir! Es eso lo que me hace sentir bien.

Y Nyikang rió y dijo:

–Hombre, seguirás siempre con eso, ¡eres todo un mentiroso!

Y así siguió. Acostumbraba a contar historias. Con una paletilla de animal que le regaló a Nyikang [fue como] Ojulo compró [el derecho a] narrar historias.

3. Cómo cuentan un cuento los bakongo

(kongo)

Quizá os interese saber cómo se cuenta una historia.

Imaginaos, pues, un poblado en un bosquecillo de gráciles palmeras. La luna llena brilla con intensidad sobre una pequeña multitud de negros sentados alrededor del fuego en un espacio abierto del centro del poblado. Uno de ellos, un hombre, acaba de contar una historia, y su público, encantado, exige otra. Así que él empieza:

–Contemos otro cuento, ¡partamos!

Y entonces todos gritan:

–¡Tira!

–¡Partamos! –repite él.

Y ellos contestan de nuevo:

–¡Tira!

Entonces el narrador empieza:

Éstos eran dos hermanos, el listo y el tonto. Y acostumbraban salir de caza para proveer a sus padres de comida. Así que un día se adentraron juntos en el manglar, justo cuando la marea estaba bajando, para buscar los peces que mordisqueaban las raíces de los árboles. El tonto vio un pez, disparó sobre él y lo mató. El listo disparó también, pero sin apuntar a nada, y entonces fue corriendo hasta donde estaba el tonto y dijo:

–Tonto, ¿has matado algo?

–Sí, listo. Soy tonto, pero he matado un pez.

–Claro que eres tonto –respondió el listo–, porque cuando yo disparé acerté al pez que pasaba delante de ti. Así que el pez que crees haber matado es mío. Venga, dámelo.

El tonto le dio el pez al listo. A continuación fueron a su poblado, y el listo, dirigiéndose a su padre, dijo:

–Padre, aquí tienes un pez que ha cazado tu hijo. El tonto, sin embargo, no consiguió nada.